

EL SENTIMIENTO ANDINO EN LA POESIA PERUANA (1)

PERDONADME al comenzar un tonito impertinente de dómine. Así le daremos seriedad a lo que sólo es flor y bordado en el humo. Flor lírica, poesía. Bordado en el humo por manos de poeta.

Bien: la manera que cada pueblo tiene para distinguirse de los otros es tratando de acentuar los caracteres propios. ¿Y cómo hacerlo? Expresando su contenido espiritual. Pintores y poetas son los encargados de coger el alma de un país y expresarla. Encargados ¿dije? ¿Y de quien el encargo? De nadie. O mejor, un divino mandato que brota en el alma del artista, una exquisita voluptuosidad, la incomparable alegría de crear.

Ahora bien, lo propio nuestro, de nuestro Perú no es lo español, aunque en la raza haya todavía la arrogancia vocinglera y la turbulencia política. Lo nuestro es lo aborígen: el Ande, el indio. Somos del Ande como el guanaco, el cóndor, el puma o el sancayo. El Ande ha conformado nuestra sicología. El Ande es la columna vertebral de nuestra geografía y nuestra historia. Subiendo las quebradas andinas el indio ha dado amplitud a su tórax y su mirada se ha embebido en el cristal de sus paisajes. De ahí su sentimiento innato del color.

Pocas razas de mayor sentimiento artístico que el quechua. Su alfarería es un prodigio comparable a lo mejor griego y a lo mejor egipcio. Toda la fauna y la flora peruanas están expresadas en la alfarería indígena. Y con qué don de alegría, con qué fuerza humorística, con qué ingenua técnica sencilla. Todas las expresiones humanas están conseguidas con un asombroso realismo superior a lo mejor de los asirios o los etruscos. Sólo las razas niñas pueden conseguir una realización artística semejante. ¿Por qué? Porque hay los ojos nuevos para ver sin el prejuicio teológico o artístico.

Pues bien, son los jóvenes poetas de mi generación los que derivan su sensibilidad hacia el Ande, y el indio. Es decir a lo genuino, a lo nuestro. Son ellos que dejan correr por su obra reciente esa savia subterránea de lo autóctono. No más española en este arte legítimo. La vieja charanga española no resuena más en las gargantas andinas, escuetas, desnudas, virginales de la nueva poesía. La estruendosa resonancia española

(1) Conferencia pronunciada en la Sociedad Cirujanos de Hospital.

la agotó definitivamente Chocano, que es el último poeta español nacido en tierra americana. Su manera, su acento, sus motivos son hispanos. Aunque se olvide de cantar conquistadores y armaduras, la estructura misma de su poesía tiene tendones castellanos. Hasta cantando una vasija incaica su manera es la vieja manera a lo divino Herrera. Es un contemplativo Chocano. Su poesía es de fantasía más que de sensibilidad. Una cosa adjetiva, formal, no sustantiva ni esencial. Con todo, no ha podido sustraerse a la influencia del Ande. Tiene algunas notas indígenas que yo clasifico entre lo mejor de la obra abundosa del poeta.

He aquí una nota

AHI NO MAS

Indio que a pie vienes de lejos
y tan de lejos que quizá
te envejeciste en el camino,
y aun no concluyes de llegar,
Detén un punto el fácil trote
bajo la carga de tu afán
que te hace ver siempre la tierra
—en que reinabas siglos ha—
y dime en gracia a la fatiga,
¿En donde queda la ciudad?
Señala el indio una ágil cumbre,
que a mi esperanza cerca está,
y me responde sonriendo:
—Ahí no más...
Espoleando echo al galope
mi corcel y una eternidad
se me desdobra en el camino.
Llego a la cuesta: un pedregal
en que monótonos los cascotes
del corcel ponen su chas chas.
Gano la cumbre y por fin qué hallo?
Aridez frío y soledad.
Indio que vives en las rocas
de las alturas y que estás
lejos del valle y las falacias
que la molicie urde sensual,
¿quieres decirle a mi fatiga
en donde queda la ciudad?
El indio asómase a la puerta
de su palacio señorial,
hecho de pajas que el sol dora
cuando no azota el huracán
y me responde sonriendo:
—Antes un río hay que pasar...
—Y queda lejos ese río?
—Ahí, no más...
Trepo una cumbre y otra cumbre

y otra. Amplio valle duerme en paz;
y sobre el verde fondo un río
dibuja su S de cristal
—Este es el río, pero en donde,
en donde queda la ciudad?
Indio que sabes de aquel valle
oye mi queja y al pasar
deja caer estas palabras:
—Ahí, no más...
Oh, raza fuerte en la tristeza,
perseverante en el afán,
que no conoce la fatiga
ni la extorsión del más allá.
Ahí no más... encuentras siempre
cuanto deseas encontrar,
y así se siente en lo profundo
de ese desprecio con que das
sabia ironía a las distancias
una emoción de eternidad...

Y José Gálvez continúa a Chocano. No toca su lírica los lindes de la nueva sensibilidad. Su manera es aún la rancia manera de los Salvador Rueda, los Villaespesa o los Chocano. Alcanzó fama cantando las glorias de Madre Patria. (Abuela debiéramos llamar mejor a nuestra vieja España). Pero cede Gálvez a la tentación de cantar al motivo criollo. Aun después de haber burilado un admirable soneto al Caballo Andaluz va a trazar con vigorosa mano una agua fuerte costumbrista. Pancho Fierro, nuestro estupendo dibujante, podría ilustrar este robusto cuadro de recias tintas:

LA MARINERA

Una pareja alegre. Los pañuelos al aire
y los pies dibujando con criollo donaire
toda la gracia popular;
el mozo, con un juego como de daga y toma
persigue a su pareja que finge a una paloma
que no se deja conquistar;
mientras bajo los claros doseles de las parras
manos nerviosas pulsan armoniosas guitarras
y una voz y otra rompen a cantar.
En tanto la voz grave a la aguda se junta,
dibuja el mozo un paso de talón y de punta
que la moza replica con vivaz zapatear,
alza un punto la falda; quebrando la cintura
y al girar gracialmente enseña con lisura
la curva de una pierna y la vuelve a ocultar.

La moza burla, esquiva, la rueda que hace el mozo,
un coro de palmadas enciende el alborozo
que aviva el golpe del cajón;

el ritmo se apresura con sonoro revuelo,
 los pañuelos se cruzan cual palomas en celo.
 Hay un rumor de tentación;
 Juegan los pies del mozo vivo repiqueteo,
 la moza les responde con leve contoneo,
 la voz grave y la aguda alzan su son;
 y al callar las canciones y al morir las palmadas
 aun hay en las miradas
 fiebre y luz de ilusión!
 Y no sólo en las huertas, en saraos de otrora
 entró la marinera aliada con la aurora
 a destronar al rigodón.

Es con los jóvenes de hoy que comienza el brote de la nueva sensibilidad. Profundas savias venidas de las cumbres van a vivificar el viejo tronco. Ya José Eguren, que ha borroneado paisajes al óleo, quería coger en sus versos nuestras manchas de color. Pero sus paisajes los subjetiva siempre, los interpreta a través de una nielada espiritualidad, les da una vaguedad de ensueño o una trascendencia de símbolo. Aparece apenas una que otra pincelada, hundida en maeterlinkianas neblinas, de nuestra costa y la pobre flora barranquina. Mirad este paisajito a la acuarela en claras tintas a lo Puvis de Chavane o Dante Gabriel Roseti. En el hay, un desdoblamiento del poeta hacia el cosmos, una pánica emoción del todo:

LOS ROBLES

En la curva del camino
 dos robles lloraban como dos niños.

Y había paz en los campos
 y en la mágica luz del cielo santo.

Yo recuerdo la rondalla
 de la onda florida en la mañana.

En la noria de la vega
 las risas de las dulces pastorelas.

Por los lejanos olivos
 amoroso canto de caramillos.

Con la calma campesina
 como de incienso, el humo subía.

Y en la curva del camino
 dos robles lloraban como dos niños.

Y después de éstos el primer nombre que acude es el de César Vallejo. Aunque no haya cantado precisamente el motivo an-

dino, en toda su poesía se siente el hálito nuestro. Su vida familiar, su niñez, la nostalgia de la madre al amor de la vieja casa pueblerina pasan a través de sus versos, dando a su poesía un extraño sabor de ternura y de angustia. El pasaje aparece en él ahondado por el recuerdo de todo lo sufrido y de lo amado. Lamento no tener a la mano ninguno de sus poemas, pues en esta vida trajinante los libros se me van quedando a lo largo del camino o vuelven a mi casa como mensajeras palomas en busca del alero de maternales manos. Alberto Hidalgo ha cantado también motivos y paisajes indígenas. Una oda a Manco Capac resonó en nuestros oídos de muchacho. Pero con claros timbres marinetistas. Yo oí aturdir nuestras andinas gargantas con atropelladas de claxon. Y el paisaje, nuestro fresco paisaje primitivo lo pintaba Hidalgo con desenfadados humoristas o intelectuales metáforas.

Y llegamos a los jóvenes con el libro *Ande* de Alejandro Peralta. Ya Federico More se había erguido en días viejos como el Juan Bautista anunciador de este nuevo movimiento. Auguró en palabras vehementes, estas renovadoras corrientes que se despeñaría de los Andes como un torrente. Su hermano Ernesto More fué de los primeros en realizar en poemas cristalinos, de frescas tintas y claros acentos esta emoción serrana. Cogió en un breve librito olvidado—*Hesperus*—este vientecillo serrano que bajaba de las cuestas andinas armado de una quena y una honda. Honda para quebrar los viejos tejados líricos y una quena para decir balbuceante el nuevo motivo autóctono.

He aquí un paisajito lleno de motivos genuinos

LLUVIA LIGERA

Lluvia ligera,
podadera
de hojas
flojas.
Descorre los telares
del cielo, sus pesares.
Ríen los horizontes,
tiembla el agua en los montes;
pacen los animales
grandes toros formales,
yeguas con sus amantes,
cabríos en las brillantes
rocas, y un hurro observa
bebiendo agua en la yerba.

Lluvia ligera
viste la ladera,
y pone en fiesta

a la floresta.
 Vuela el ave espulgada,
 de plumas algo hinchada.
 De pronto se ilumina
 la más alta colina;
 después el trigo mozo
 de escobilla aun en bozo,
 la quinua de colores,
 medalla de las lomas,
 donde hacen sus amores
 jilgueros y palomas.

Lluvia ligera,
 pasajera,
 danza el agua entera...
 Llena la luz, despacio
 pampa, cerro y espacio.
 Corre el agua en las queiebras,
 y al óleo las culebras.
 Agita el berro verde
 la rama que se pierde.
 Se mira en la laguna
 más gallarda la puma;
 parihuanas y patos
 pasan momentos gratos,
 y en las playas tranquilas
 riompen filas...

Oh despertar del campo!
 Crecen más las pupilas!

Mientras la poesía capitalina se esterilizaba en la elegía de Alberto Ureta, cantor de la añoranza, los hombres nuevos se van situando frente al cosmos andino en actitud acorde, es decir abiertos a las nuevas sugerencias que venían de nuestros cerros y nuestras lagunas. Pariguanas íbamos a ver en las nuevas metáforas en vez del aristocrático cisne ruberiano. Cóndores, no águilas heráldicas iban a derribar los ágiles muchachos con sus hondas quechuas. Esto caracteriza las nuevas sensibilidades, esta actitud vital ante el paisaje nuestro, no importado. Vamos consiguiendo así un arte propio al dar expresión al contenido espiritual de nuestra América. Comienza nuestra tierra a decir su palabra y el Cosmos peruano a ordenarse en ritmos, en colores, en músicas. De los frescos, filtrados silencios de la puna va a venirnos esta racha purificadora, fecunda. El poema nuevo es la guija que ha lavado el arroyo serrano, es la flor de sancayo que abren los finos dedos de la lluvia.

Ved este fino manchón de tintas nuestras del joven poeta
 Abril de Vivero:

Hombres que pelean en las tomas de agua
porque para sus riegos ellos lo quieren todo.
Cuentan los campesinos que muchos murieron
y que en las noches hay voces que duelen.
Ananai! Anananai!
¿Por qué están tan locos todos en mi pueblo?
Los chiquillos saben todo de sus padres.
Que allá el hacendado, por el río corto
que da a la pradera-ananai—mataron un hombre.
¿Por qué estarán tan locos todos los de mi pueblo?

Que todo esto es un poco ingenuo, balbuceante, primitivo, bárbaro? Bárbaro, sí. Pero ¿qué es el bárbaro sino el que abundando de sí no tiene plena conciencia? Adquirir esta conciencia de nuestra abundancia es nuestra obra. Hacer que el germen de nuevas albas se convierta en mediodías magníficos.

Alejandro Peralta se desnuda de prejuicios retóricos y armándose de metáforas nuevas, como un indio hondero del Tiahuanacu, desciende al llano con su paisaje a cuestras como un poncho tejido por esas indias que tienen mil años en sus dedos nudosos y en sus ojos de barro. Canto auténtico el suyo de pura sensibilidad indígena:

EL INDIO ANTONIO

Ha venido el indio Antonio
con el habla triturada a los ojos como candelas.

EN LA PUERTA HA MANCHADO LAS CORTINAS DE SOL.

Las palabras le queman los oídos
y en la crepitación de sus dientes
brincan los besos de la muerta.

Anoche
envuelta en sus harapos de bayeta,
la Francisca se retorció como un resorte
mientras el granizo apedreaba la puna
y la vela de sebo
corría a gritos por el cuarto.

Desde el vértice de las tapias
aullara el perro al arenal del cielo.

De las cuevas de los cerros,
los indios sacarán ruidos como culebras
para amarrar la muerta.

Hacia el sur, corta el aire una fuga de buhos
y un incendio de alcol tras de las pircas
prende fogatas de alaridos.

A rastras sobre las pajas
la noche ronda el caserío.

Le sigue de cerca Mario Chávez con su libro *Coca* en que si hay diversidad de motivos, persiste el afán del nuevo derrotero hacia una poesía genuina. Cuadritos aldeanos, cromos provincianos, intérpretados a la nueva manera, apuntalados de imágenes vistosas. He aquí esta:

FIESTA DE CAMPO

Unos amigos nos vamos a una fiesta.
El día es tan corto para tanta expansión!

La víspera de la fiesta
se sintetiza en la paloma pirotécnica
que se va al cielo
como un mensaje de los aldeanos a Dios,
y en la retreta que acompaña a la paloma
en su excursión multicolor.

El alba del gran día:
la diana que sensual nos despierta
y triste quiere hacernos llorar.

Cohetes, la misa especial,
todos prometen llegar a olor de santidad.

En la tarde procesión de la santa
por los cerros y en otros cerros la del sol.

El cantor entona la despedida,
y los cachimbos pellizcan las cornetas
hasta hacernos llorar. La gente solloza
y los ojos cabrillean al sol.

Luego oscuridad repleta de canciones;
y, ya en retorno las sombras encabritadas
de nuestro caballos en la cuesta.

Guillermo Mercado redunda en el mismo sendero. Pero precisando aún más el tema, agilizando el ritmo, dando mayor atrevimiento a la metáfora. Ha publicado un libro *Chullo de poemas* en el que se destaca como un vigoroso colorista. Ved si no esta:

JARANA

El peón don Julián, que se ha colado de poncho
un retazo de crepúsculo olvidado en el campo
hoy ha vuelto en francachela
abrazado a la cintura de su joven querida la guitarra.

El pasar el arco último del día
sus amigos, los campechanos tórax del viento,
anchos de amistad como los valles
le han cogido en la emboscada de abrazos que se enredan
y a encender la noche de fiesta como un castillo
trepan la cuesta colorada de la tarde.

En la choza se desentornilla la voz de 40 años
en una marinera chorreante de aguardiente;

los pañuelos, como pendones de los maridos,
flamean sobre las espaldas como cerros de las chollas:
ellas se descuelgan las caderas
y las dejan como barcas sobre mar movido.

Los palusos quemán el aire,
de los ojos la alegría sale a chispas
y las polleras sueltan carcajadas de colores.

Afuera
las sombras rondan sin un cigarrillo
(nay ganas de invitarles una copa)

En un corralón lejano
SE INCENDIA DE LADRIDOS LA MEDIA NOCHE.

Luis de Rodrigo se abraza al júbilo del canto con una fresca emoción de labrador indígena. Canta a la Imilla de bronce que han dorado soles incaicos y el viento de la puna pasa por sus cantos como un cholito aventador de sementeras. He aquí un fresco:

POEMA DEL TITICACA

Laud de tus manos en el meridiano azuloso
niña de bronce que desmenuzas las nubes
por aquí vino el viento pampero con sus geranios
y ya tienen sabor de campo tus trenzas nocturnas

aire titikaka
vela púrpura claveteada de totorales
con húmeda carne en que hincas tus dientes indígenas
los días que embarcas la aurora en la balsa amarilla
balsera de los júbilos rurales pecho al viento
entre la buena canción lacustre de kapachica

aquí bajan los cerros a mojar su corazón ardido
cobíjalos oh copa azul de lágrimas sin sal de qué ojos
remotos caídos del cielo o qué sangre azul de la tierra

han venido zurciendo el río las gaviotas de tu orilla
en pos de tus ojos lechera de los aullus eglogales
trepemos la roca vertical del día dame la mano

amarrada al golfo del cielo
registra sus tímboles de plata el titikaka.

ORILLA DE MADURA EMOCION DANZANDO AL VIENTO
QUE LEJOS ABREN LAS ROCAS SU GRITO HERIDO DE
[ZAMPOÑAS
Y COMO ASTILLAN LA LUZ LOS DEDOS CRISPADOS DE
[LOS KOLLIS.

Ramiro Pérez Reinoso orienta también su sensibilidad hacia los nuevos vientos andinistas. Es un espíritu moderno de un cerebralismo fecundo y vigilante. Hay musculatura de esteta bajo la hopalanda del canto. He aquí un canto al

ANDE ROJO Y SOBERBIO

Ande rojo y soberbio
que tus proas levantas
la negra marinería de tus nubes
contra los astros.

Mi sangre sufre el aleteo del mar.

Tu cuchillería peina
todas las migraciones de los siglos,
de cien siglos paralelos,
y restos de años—paisajes asoman a las puertas
de las ciudades antiguas.

El trópico eriza sus termómetros.
Rompe su ola en tus faldas
y tu zoología baja royalmente
a pisar la espuma cadavérica.

Manco, gota de sangre
que bajó por la espada solar
y Cuzco, botón de todos los horizontes.

Ningún trampolín
elástico, como tú, las piernas de la mañana
cuando vino a caer ante las lágrimas
candilejas de la noche noctámbula.

El Ande tiene un galope negro
hacia la estrella polar.

Desde tus cumbres la esperanza
arrolla los vientos
con que eleva el disco del futuro
El sol es un pez que salta
de estribor a babor.

Ahora en tus caminos espirales
hay una nueva velocidad.
Filosofemas de piedra, cazadores por tus cumbres
degollarán con sus duras aristas
las cordelerías de la historia pirata.

 Mi sangre sufre el aleteo del mar.

No hay que olvidar a Carlos Alberto González que se ha situado gallardamente en la vanguardia con dos libros. El primero, sobre todo, el *Poema de los Cinco Sentidos* tiene vigorosas notas, muy personales de nuestro paisaje. Ved este:

O L E O

 El tordo
con su silvo serrano
urde un trozo de raso en la alborada.

 Las casucas con sus chimeneas humeantes
y el jadeo de máquinas humanas
tiran la quilla de los montes
a remolque
con sus amarras de caminos.

 El cóndor,
con su vuelo heterogéneo,
surce las cimas de montañas aéreas,
mientras los riachos de agua mansa
parecen las manos de una lavandera.
El chihuano
con una aguja aguda en el pico
cose las ramas de los árboles

 En la campana,
la capilla se duerme
con una miga de pan entre los labios.

El libro *Junín* del inquieto Enrique Bustamante y Ballivián lo sitúa ventajosamente en esta vanguardia renovadora. Bustamante ha seguido una trayectoria sorprendente de superaciones. Desde sus primeros liros de un suntuoso lirismo danunziano a estos poemas de hoy llenos de un fresco fervor por nuestra raza. Ved este:

HUARMIPUQUIO

 El viracocha tumbador de indias
olfateó un rastro de mujer.
Corrían, corrían por la quebrada
abierta en piedra y sequedad,
huyendo las ojotas.
Chas, chas, chas...

Los anancos alegraban el sendero
con la primavera
de un huso de colores
que danza cuesta abajo
sus discos de bayeta.

El viracocha tumbador de indias,
extiende el brazo pronto.

La arisca se adentra en la piedra
y apenas queda en la ruta,
temblando de angustia hecha reflejos
de musgos y metales
y agua helada,
la primavera que espantada
lanzó el huso de colores
en el puquio que no deja nunca
de mecerlo y de correr.

José Varallanos trae también su sensibilidad de última hora al movimiento serrano. Hay gran delicadeza y modernidad en estos cantos de un quitaesenciado lirismo. Folklorismo y espíritu en rara mezcla creacionista en este libro de poemas:

EL HOMBRE DEL ANDE QUE ASESINO SU ESPERANZA

Los días ordinarios se hacen labor en tus manos;
por ti en el campo la siembra se adorna de cachuas rosadas,
y las faenas son sencillas con sabor a coca.

Tu enseñas a hilar la lluvia
y tiñes el alma con tintes tomados de los colores
del crepúsculo,
y tejes las tardes en los telares de mi abuelo, el
indio mayor de Jesús,
y destas las estancias de sus soledades más acá del viento.

Los corderos que son más blancos después de tu mirada,
salen al campo balando el primer sol,
al campo recién abierto y cruzado de acequias y churos
y magueyes añosos.

Benito el muchacho que fué a cazar rorros,
porque se le acabó el camino con el fiambre,
ha vuelto con la bufanda cantante.

Este indio del Winchester,
turista de los amaneceres por los pajonales,
religioso cuando los huaicos salen de su escondite
para borrar los caminos que tu tendiste.

El muchacho pastor de sus instintos y hondero antiguo
que no alcanzó su corazón con la piedra del bloqueo futuro,
por eso ama su winchester andino.

La estancia es joven con las jircas antiguas y sabias,
con pimpinelas que hacen señas al sol,
y el paisaje atleta de cumbres gritando bandoleros de virilidad.

En charca la chiquitaclia será energía
y los asnos robustos de caminos.
Más tarde la iglesia del pueblo
rezará por las labores y por ti,
y las yuntas mañana en la quebrada del Marañón ararán el sol.

Finalmente, el último en aparecer y el más primitivo de todos
es Gamaliel Churata. El estupor de la alborada se convierte
en mediodía. El germen es ya mazorca. Hay un vigoroso desprecio
por lo extraño y un jadeo victorioso por esta nueva forma
que está apresando lo genuinamente nuestro. He aquí este poema
del *Itinerario Brunildico*.

Tembloroso de trinos
vienen los pichitankas.
Despacito se descuelgan
en el kañiwal lleno de besos...
Son los cantores de la solana!
Cuando rompen el aire a trueno,
hay latipazos de luz entre sus alas.
Cada uno viene de muy lejos...
Si pudiésemos apresarlos,
dirían, callarían lo mucho que saben de nosotros.
Son un piar continuo,
y un hilito de agua de siempre!
Todos son buenos. El canto los educa;
y si al canto se unen las alas
a eso se llama un pichitanka...

Muy de mañana se acercaron a mi alma!
Mi alma que esta oyendo unos pasitos en el patio,
y unos phusiris que rompen a bombo mis montañas.
Llegaron en bandada:
y cada cual se trajo un airecito de lejanía,
y cada cual se, ó la mies de mi distancia.
Están yendo y viniendo. Salen y entran de mi alma...
y cada vez, afanosos traen una dulce alegría
y se van barriendo una tristeza.

Ahora están en el kañiwal,
de hojas pintadas de airampu,
y casi no se les oye,
de tanto que cantan para adentro,
el grano de kaniewa que es el canto más dulce...
Ellos tienen su grano de kañiwa,

y tu y yo no tenemos comida!
 Así estará mejor...
 Para cuando amanezca será que cantemos
 y tengamos en paz la paz que nos falta.
 Ahí los pichitankas!
 Como salen, cómo entran
 y siempre nosotros vacíos!

Y, para terminar, he aquí un poema de un poeta que cree realizar poesía peruana cantando las mataperradas de su niñez. Hay humorismo y ternura en el poema como en esos ponchos de lana de vicuña que avivan finas estrías de lana carmesí. Este poeta, que he querido situar el último en la brillante falange sonora es Alberto Guillén.

LAS PRIMERAS COMETAS

Esa fué mi niñez.
 Yanaguara!
 Una casita con tres cuartos en una cuesta
 donde los clavos hacían unos huecos enormes en las paredes.

Cerca, la casa del cura Oventuiz.
 Un cura gordo y buenazo
 que mandaba decir: «Que Dios se lo pague...»
 cuando mamá mandaba manjar blanco con biscotelas.
 Mamá decía:—Dile que lo tome en nuestro nombre.
 La chola Petronila, que apenas hablaba castellano,
 tenía que repetirlo varias veces.
 —Y no vayas a recibir la propina, cuidadito!

El comedor de la casa,
 con sotabanco de sillar, para sentarnos a comer,
 daba a la huerta de don Jorge Polar.
 (Don Jorge Polar, con pera en punta qué fué Ministro cuando
 Pardo).

Había melocotones, naranjas y ciruelas,
 papayas, peras y damascos.
 Siempre tuve el proyecto de entrar en la huerta a robar.
 Decían que cerca de la casa habían unos crisantemos!

Pero fué que me faltó el amigo que no tuve?
 Fué miedo a aquel perro grandazo
 que veía a veces correr como loco con la lengua afuera
 cuando lo soltaban de la cadena
 al pie de las paredes de adobe?
 (Las paredes tenían vidrio de botella en el pretil).

En el techo de la casa,
 —cuando llovía, a veces, se pasaba—
 vi caer las primeras tardecitas
 sobre el Señor de la Caña.

(Mugían los toros a lo lejos perforando la tarde).
Leí los primeros cuentos de Calleja
hice otras cosas—que le decía solo el cura—
y solté las primeras cometas que me hacía mi papá.

Las cometas se quedaban enredadas en los árboles
que no pude robar.

ALBERTO GUILLÉN.—1931.

PIO BAROJA Y EL CINEMATOGRAFO

PIO Baroja, el sobrino de Aviraneta, ha llevado al cine su Zalacaín y alguna otra cosa más.

Baroja, amante de la acción, ha simpatizado con la cinematografía, arte de movimiento y de mala, pero escasa literatura.

A muchos esto les ha llamado la atención, pero lo que ha resultado más extraño es que se halla adjudicado un papel en estas obras y que «el hombre malo de Itzea» haya accionado ante el objetivo.

Sin embargo preciso es reconocer, que el cinematógrafo libera en parte a Baroja de sus ansias de hombre fracasado para la acción, y le procura aventuras de poco riesgo y mucha publicidad.

El escritor vasco que alguna vez soñó con continuar el gesto frenético de su tío hace algún tiempo que ha claudicado. El mismo lo ha expresado con amargura en una plática a los chapelaunderis de Irún, jocosa sociedad de robustos comedores y bebedores que abunda en el país vasco.

El autor—dice Baroja de sí mismo—se alejó hace tiempo de toda posibilidad heroica de pensamiento y de obra. No es ya más que un animal melancólico que se contenta con vivir con un poco de dignidad, cosa no siempre fácil.

Ya en sus *Horas Solitarias* había hablado, y no precisamente bien del cinematógrafo:

Estas ciudades modernas, que visten a la moda y que tienen la adoración por el lujo han encontrado la diversión más a propósito para sus gustos: el Cinematógrafo

El Cinematógrafo impresiona la vista, pero no el espíritu; no hay necesidad de razonar y discutir, con él todo es *cortical*.

A pesar de esto, agréga, tal es la cantidad de modernidad que llevan algunas de sus invenciones, que el cinematógrafo será con el tiempo uno de los elementos mayores de divulgación y cultura.